

Carlos Villar Flor

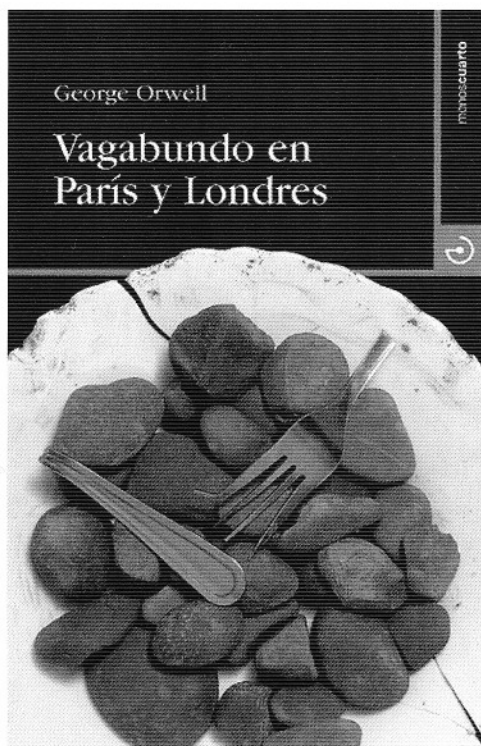
GEORGE ORWELL, UN VAGABUNDO EVENTUAL

Con motivo de la nueva edición castellana del primer libro de George Orwell, *Down and Out in Paris and London*, publicado en 1933, vuelve a ponerse de actualidad la figura imponente de este escritor comprometido. Canonizado como la "conciencia de su generación" por autores como V.S. Pritchett, Orwell podría considerarse el precursor, o acaso el laico patrono, de ese creciente número de reporteros contemporáneos que viajan hasta los umbrales del infierno para convivir con los más desfavorecidos o degradados; eso sí, con todo un equipo de producción a sus espaldas.

Agosto de 1927. Eric Blair regresa a casa después de cinco años como policía del Imperio Británico en Birmania. Su familia, de clase media-alta conservadora, le contempla con ojos de curiosidad. Cuando marchó a hacer carrera en las colonias, no era más que un mozo de diecinueve años recién salido de Eton, reacio a continuar estudios en Oxbridge.

Ahora es un hombrón de veinticuatro, con cabello más oscuro, bigote, un cierto desaliño indumentario y el hábito de esparcir ceniza por doquier. Pero lo peor es que, contra las expectativas familiares, el joven Eric expone su propósito de tirar por la borda su prometedor futuro; no quiere ser por más tiempo un brazo ejecutor del dominio imperial; quiere ser, nada más y nada menos, escritor.

Tras capear el previsible temporal familiar, Eric muestra síntomas de esa tenacidad que le caracterizará, poniéndose de inmediato manos a la obra. Lo cierto es que hasta entonces no se había distinguido por una especial habilidad literaria. Una amiga de esos años, Ruth Pitter, llegó a declarar que "ninguno de sus amigos pensaba que llegaría a escribir bien. Es más, yo le consideraba de una ineptitud fuera de lo común. Intentábamos no desanimarle, pero nos reíamos hasta derramar lágrimas cuando nos mostraba algunos fragmentos. (...) Tuvo que



aprender a escribir. Era como una vaca con un mosquetón”.

Pero, junto a la lucha por mejorar sus técnicas de escritura, amparado por sus amplias lecturas —más victorianas y eduardianas que de la vanguardia modernista—, Eric es consciente desde el comienzo de que su carrera de escritor en ciernes debe perseguir una misión. Cinco años de mantener a raya a los nativos birmanos le han aportado un vergonzante complejo de culpabilidad: “Pensé que tenía que escapar no sólo del imperialismo, sino de cualquier modo de dominio del hombre sobre el hombre”, escribirá en *El camino de Wigan Pier*. Por eso, desde estos primeros tanteos de su nueva vocación, Eric tiene claro que como escritor debe servir a la causa de los desfavorecidos, y que, para hacerlo, antes debe convivir con ellos y llegar a conocerlos bien.

Así, a comienzos de 1928, en pleno invierno, Blair se viste de harapos y pasa su primera noche en un hostel barato del East End, de esos que anuncian “Buenas camas para solteros”. Empieza así la primera de sus incursiones por el mundo de los desahuciados que tan bien recrearía en sus escritos, empezando por el que quizá sea su primer artículo de cierto peso, “The Spike” (“El albergue de transeúntes”) publicado en abril de 1931 en la revista *Adelphi*. A la hora de juzgar la iniciativa de nuestro autor en sus comienzos, quizá no convenga descartar el peso añadido de su propio espíritu aventurero, de su rebeldía contra los valores burgueses de familia y país, y de su determinación de encontrar inspiración literaria en un campo relativamente inexplorado hasta la fecha (con honrosas excepciones, como los escarceos de Jack London por los bajos fondos londinenses, de los que Orwell es heredero).



Cualesquiera que fueran los impulsos psicológicos que movieron a Eric Blair a vestirse de harapos, lo cierto es que su experiencia en la calle le proporcionó una formación humana y creativa de primer orden, que supo explotar a conciencia.

Unos meses después, en la primavera de 1928, Eric hace las maletas y se traslada a París, acaso como una nueva manifestación de los impulsos que venimos comentando. Años

más tarde el autor resumirá sus dieciocho meses parisinos declarando que los pasó "escribiendo novelas y relatos breves que a nadie le interesaba publicar". En efecto, escribió devotamente, pero sólo consiguió colocar un puñado de artículos sin pretensiones en publicaciones menores de París y Londres. Poco se sabe de sus andanzas parisinas durante esta etapa, y los biógrafos deben recurrir a las supuestas notas autobiográficas que aparecen en *Down and Out* (que, en cualquier caso, sólo cubren unas diez semanas de su estancia total), al prefacio a la edición francesa de 1935, o a la sección testimonial contenida en *El camino de Wigan Pier*. Lo cierto es que, en el otoño de 1929, Blair se queda sin dinero. En el libro, el narrador explicará que se queda sin blanca de la noche a la mañana por el robo de un italiano, huésped ocasional del hotel. Pero según la amiga y promotora del autor, Mabel Fierz, éste le confesó que la verdadera causante de su quiebra fue una prostituta francesa de la que se había enamorado y con la que mantuvo relación durante algún tiempo. Por lo visto, un día que regresó a su habitación, Blair vio que la bendita mujer se lo había llevado todo, incluido dinero y equipaje. Para sobrevivir se ve obligado a trabajar como lavaplatos en un hotel elegante de la Rue de Rivoli, un empleo rayano en la esclavitud.

Down and Out in Paris and London está cuajado de sabrosas anécdotas y pintorescos personajes que Blair presencié en aquellos días. En ocasiones el narrador se muestra proclive a analizar las situaciones vividas con reflexiones como la que sigue:

No es una figura retórica, sino un hecho contrastado, cuando se dice que un cocinero fran-

cés escupe en la sopa, siempre y cuando él no vaya a tomarla. Es un artista, pero su arte no es la limpieza. Hasta cierto punto, es sucio precisamente porque es artista, pues la comida, para parecer elegante, necesita un tratamiento sucio. Por ejemplo, cuando un bistec se somete a la inspección del cocinero jefe, éste no lo maneja con tenedor. Lo coge con sus dedos y lo tira con violencia al plato, pasa el pulgar por el plato y se lo chupa para probar la salsa, lo vuelve a pasar y lo chupa de nuevo, luego da un paso atrás y contempla el trozo de carne como un artista que juzgara un cuadro, luego



lo coloca con cariño en su lugar con sus gordos y rosáceos dedos, cada uno de los cuales ha chupado cientos de veces esa mañana. Cuando queda satisfecho, coge un trapo y limpia sus huellas del plato, y se lo pasa al camarero. Y el camarero, por supuesto, mete sus dedos en la salsa —esos dedos asquerosos y grasientos que frotan continuamente su cabello engominado. Cuando alguien paga más de, digamos, diez francos por un plato de carne en París, puedes estar seguro de que ha sido manoseado de esta manera. En los restaurantes muy baratos es diferente; allí no se preocupan tanto por la comida, y simplemente se saca con un tenedor de la sartén y se lanza a un plato sin manosearla. En términos generales, cuanto más pagas por la comida, más sudor y saliva estás obligado a comer con ella.

A finales de 1929, sin embargo, regresa a Inglaterra, en condiciones que no coinciden del todo con las expuestas en *Down and Out*. El narrador del libro afirma que el motivo de su vuelta es la obtención de un trabajo como cuidador de cierto “imbécil” (sic, que en una época más políticamente correcta llamaríamos discapacitado psíquico) conseguido por el misterioso benefactor “B.” Sin embargo, al poco de desembarcar se entera de que no empezará a ejercer hasta dentro de un mes, por lo que se ve obligado a morir de hambre y a vagabundear durante este periodo. En la vida real, dicho trabajo parece haber sido una breve ocupación al cuidado de un chico retrasado en sus estudios, ejercida cerca de Southwold, la localidad de residencia familiar, lo que nos hace sospechar que se la procurara alguien de su entorno. Tampoco se convierte Blair en vagabundo,

como le sucede al narrador, apenas pisa su patria, sino que, como es lógico en un joven que vuelve de un autoexilio de año y medio, se encamina a la casa paterna a pasar las navidades. Es de suponer que su regreso no fuera muy triunfal: de momento, sus ambiciones de ser escritor no han dado frutos tangibles. Pero, al menos, la vuelta a casa le proporciona tiempo para ordenar sus experiencias y seguir elaborándolas, lo que compatibiliza con eventuales trabajos de cuidador de niños, luego preceptor vacacional, y, finalmente, docente de colegio privado.

A partir de abril de 1930 se reafirma en su propósito de especializarse como escritor en el estudio de la pobreza en primera línea, por lo que recomienza sus temporadas de vagabundeo ocasional. Así, usando las casas de algunos amigos como vestuario para la “transformación” (que no deja de provocar en estos cierta comprensible hilaridad), el joven de buena familia cambia de identidad para convertirse en un harapiento que, durante una o dos semanas, frecuenta los circuitos de “piltreras” y “manganeras” y comparte con sus compañeros las colillas recogidas del suelo. Esta es una de las descripciones del ambiente de los hostales baratos frecuentados por los vagabundos que encontramos en el libro:

Pagué el chelín, y el chico me condujo por unas escaleras destartadas y oscuras hacia un dormitorio. Percibí un hedor dulzón a paregórico y a sábanas sucias; las ventanas parecían estar herméticamente cerradas, y el ambiente era casi sofocante al principio. Había una vela encendida, y vi que la habitación medía menos de cinco metros cuadrados por dos y medio

de alto, y contenía ocho camas. Ya había seis huéspedes acostados, siluetas extrañas y abultadas que habían dejado toda su ropa, incluso las botas, apiladas sobre sí. En un rincón alguien tosía de forma espantosa.

Cuando me metí en la cama noté que era dura como una tabla, y en cuanto a la almohada, era un mero cilindro duro como un bloque de madera. Era bastante peor que dormir en una mesa, porque la cama no llegaba al metro ochenta, y era muy estrecha, y el colchón era convexo, por lo que tenía que agarrarme para no caer. Las sábanas apestaban tanto a sudor que no podía soportarlas cerca de la nariz. Además, la ropa de cama sólo incluía las sábanas y una colcha de algodón, así que, aunque el ambiente estaba cargado, pasé frío. Varios ruidos recurrieron a lo largo de la noche. Una vez cada hora el de mi izquierda —un marino, al parecer— se despertaba, prorrumpía en juramentos, y encendía un cigarrillo. Otro hombre, aquejado de enfermedad de vejiga, se levantó y usó el orinal ruidosamente media docena de veces durante la noche. El hombre del rincón sufría un ataque de tos cada veinte minutos, con tanta regularidad que se podía esperar como el siguiente ladrido de un perro que aúlla a la luna. Era un sonido tan repelente que no se puede expresar; un burbujeo repugnante y nauseabundo, como si al hombre se le revolvieran las tripas en su interior. Una vez encendió una cerilla y vi que se trataba de un anciano, de rostro gris y hundido como el de un cadáver, y llevaba los pantalones atados a la cabeza a modo de gorro de dormir, algo que, no sé bien por qué, me asqueó mucho. Cada vez que uno tosía o que el otro juraba,

una voz somnolienta proveniente de las otras camas gritaba:

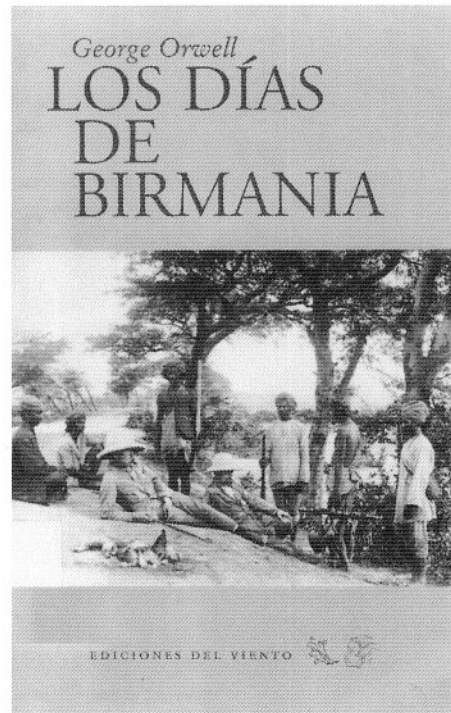
—¡Silencio, joder, silencio de una vez!

En total conseguí dormir una hora. Por la mañana me desperté con la vaga impresión de algo grande y marrón que se me venía encima. Abrí los ojos y vi que era uno de los pies del marino, que sobresalía de la cama hasta mi cara. Era marrón oscuro, tan oscuro como el de un indio, por la suciedad. Las paredes parecían tener lepra, y las sábanas, que no se habían lavado en tres semanas, eran casi de color sombra. Me levanté, me vestí, y bajé las escaleras. En el sótano había una fila de lavabos y dos toallas de rodillo escurridizas. Tenía un pedazo de jabón en el bolsillo, y me disponía a lavarme, cuando me di cuenta de que cada lavabo tenía un reguero de mugre: mugre sólida y pegajosa tan negra como el betún.

En la parte autobiográfica de *El camino a Wigan Pier*, Orwell declara que “casi todos los incidentes descritos [en *Down and Out*] sucedieron de verdad, aunque han sido reorganizados”. Concedamos, pues, el beneficio de la duda a la palabra de san George, y atribuyamos discrepancias tales como las arriba enunciadas al margen que nos permite el adverbio “casi”. Quizá de todas estas, la más relevante afecte a la diferente voluntariedad del vagabundeo de Orwell por Inglaterra en comparación con la ficticia precariedad a la que se ve abocado su narrador. De hecho, las zambullidas de Orwell en el submundo inglés fueron temporales, de una o dos semanas, y siempre acababa emergiendo para coger aire (o, usando su propio título, *coming up for air*). Incluso consta que algunas de sus salidas

tenían un propósito cercano a lo lúdico, como cierta ocasión, en diciembre de 1931, en que se propuso pasar el día de Navidad en la cárcel. Era su modo de oponerse a la complacencia burguesa de estas fiestas, algo que había anunciado con anticipación a algunos conocidos. Para lograrlo, dejó que una concienzuda borrachera a base de cerveza y whisky surtiera sus efectos, pero la policía que le arrestó le soltó a las pocas horas, y ni siquiera las autoridades del albergue, al que luego acudió para infringir sus normas, le tomaron demasiado en serio. En efecto, un vagabundo con tales recursos para emborracharse así debía de ser digno de cierto respeto.

En octubre de 1930, dio por concluida la primera versión de sus experiencias parisinas, que titula provisionalmente *A Scullion's Diary* (*Diario de un marmitón*). Escrito como tal, el libro sólo contiene la parte francesa, y consta de unas treinta y cinco mil palabras, frente a casi el doble de la versión posterior. La primera editorial en la que prueba fortuna, Jonathan Cape, le objeta que es demasiado corto y fragmentario, tras lo cual Blair se afana en revisarlo, probablemente añadiendo gran parte de las anécdotas que enriquecen la narración, además de la nueva parte inglesa, tan desigual respecto a la anterior. Cape sigue sin apreciarlo, así que Blair

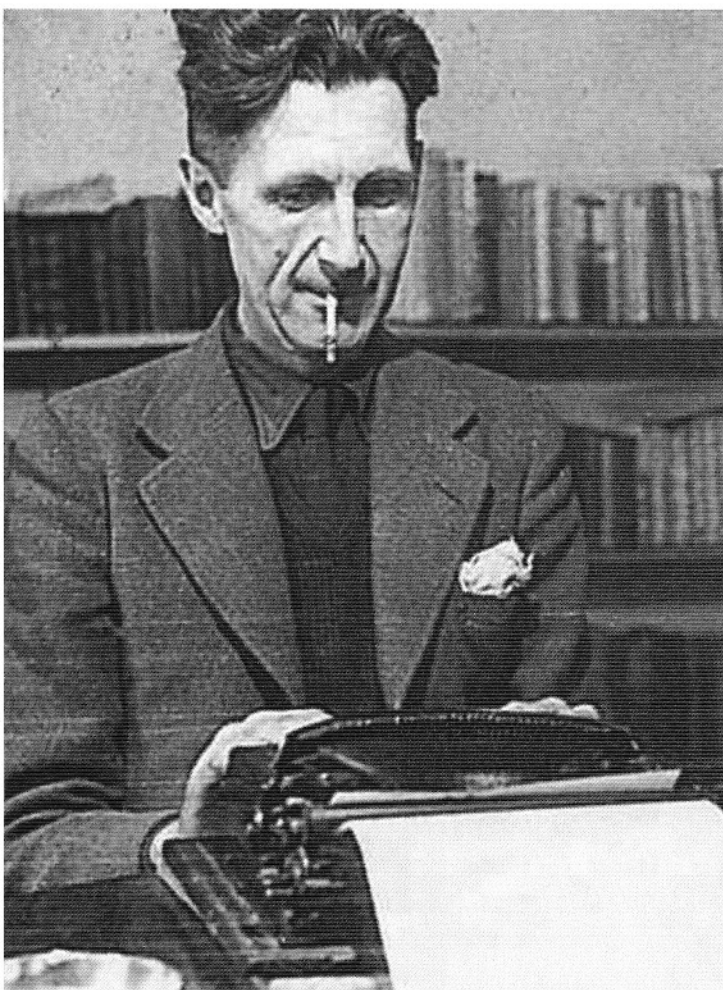


prueba de nuevo con Faber & Faber: en febrero de 1932 recibe una educada carta de rechazo firmada por el mismísimo T. S. Eliot.

Llegado a este punto, la perseverancia orwelliana se tambalea. Desanimado por que dos editores (isólo! y de los más influyentes del momento) lo hayan rechazado, Blair entrega el manuscrito a su amiga Mabel Fierz, y sugiere que lo destruya, se quede con los clips, o haga lo que le dé la gana. Con tales potestades, la Sra. Fierz, mujer devota del talento de Eric, con inquietudes culturales y con algunos contactos,

se dedica a presionar a un prestigioso agente, Leonard Moore, para que lea la obra y la presente; con el tiempo, gracias a su mediación, el emergente editor Victor Gollancz se decide a apostar por el libro.

En verano de 1932, Eric Blair se entrevista con Gollancz para pactar los cambios que el editor le impone, tanto en el vocabulario como en los nombres propios, con objeto de eludir posibles denuncias. Blair no pone objeciones, y en poco tiempo ultima la revisión definitiva. Tras barajar diversos títulos, llegan a un término medio con uno de consenso, *Down and Out in Paris and London*. Falta un último detalle: Blair ha insistido en que prefiere emprender su carrera de escritor usando seudónimo. "No tengo una reputación que perder al hacerlo, y, si el libro tie-



ne alguna repercusión, siempre puedo volver a usar el mismo". Se suele atribuir tal decisión a su deseo de no imponer a su familia excesivas cargas de "deshonor" en caso de que su faceta de escritor no fuera plato del gusto de todos. De entre el abanico de posibilidades —empezando por su nombre de mendigo, P.S. Burton— se impone George Orwell sobre Kenneth Miles o (por fortuna) H. Lewis Allways. Su nueva identidad, con la que Eric Blair cada vez se identificará más, aporta ecos de fuerte idiosincrasia inglesa, además de connotaciones relacionadas con ese río de Suffolk tan querido por Blair.

Ha nacido, pues, un escritor. La obra tuvo buena acogida, para ser *opera prima*: en sucesivas ediciones se lanzaron unos tres mil ejemplares en Gran Bretaña, además de la mitad de estos en Norteamérica. Se realizó una edición francesa en 1935 y otra en checo. No hizo a su autor ni rico ni famoso, pero recibió buenas críticas, le animó a seguir escribiendo, y le abrió nuevas puertas en el futuro. La fama como tal no le abrazaría hasta sus últimas novelas, *Rebelión en la granja* y *1984*, cuando ya no viviría mucho para disfrutarla (o combatirla).

Dado que los tiempos de crisis nos enseñan que nadie puede decir "de este agua no beberé", la presente reedición de *Down and Out* —titulada *Vagabundo en París y Londres*— nos recuerda que un clásico literario no lo suele ser por casualidad. A varias décadas de distancia, Orwell sigue ilustrando a quien quiera acercarse a la pobreza o a sus umbrales en cabeza ajena, consiguiendo con creces lo que se propuso en 1933 con este libro: "aspiro a mostrarte el mundo que te espera si alguna vez te quedas sin blanca".

Toquemos madera.

Reproducción por cortesía de Menoscuarto Ediciones